

CAMPAÑA
SOBRE PUEBLA,

EN

Febrero de 1856.



CAMPAÑA SOBRE PUEBLA,

—EN—

FEBRERO DE 1856.



Al desplomarse el Gobierno dictatorial del General Santa-Anna, en Agosto de 1855, fué ocupada la Capital de la República por las tropas victoriosas que habían proclamado el Plan de Ayutla, unidas ya, con las otras que en el Sur y en el interior, á última hora, se habían adherido al referido plan.

El General de División D. Juan Alvarez, caudillo de la revolución, ocupó la Presidencia de la República con arreglo á las bases proclamadas; pero no teniendo ambición de mando, prefiriendo á la agitación de la Capital y á los sinsabores del Gobierno, la vida pacífica y las costumbres sencillas de las montañas del Sur, resignó el poder en Don Ignacio Comonfort, á quien había elevado al rango de General de División, por los servicios que prestó durante la lucha.

En los primeros momentos del triunfo, se desplegó contra el ejército vencido cierta persecución por la resistencia que había opuesto. Se separaron del servicio aquellos jefes que más se habían distinguido por su adhesión al General Santa-Anna; se suprimieron muchos cuerpos refundiéndolos en otros; se rebajaron las tarifas de sueldos; y en fin, se hicieron salir á las tropas de la Capital en distintas direcciones, en són de castigo.

Estas causas, la acritud de la prensa contra los militares, y los escándalos que daban diariamente en la ciudad de México las tropas del Sur, fueron suficientes para engendrar en el ejército un odio profundo contra el nuevo orden de cosas. Este odio ocasionó defecciones é inconsecuencias vergonzosas que perdieron á los militares en la opinión pública; y aunque es cierto que en el ejército había cuantiosos gérmenes de progreso y libertad, muchos fueron sofocados por aquella pasión, y otros porque los liberales los desdeñaron, ocasionando así el despecho de oficiales de mérito reconocido, que fueron después los principales apoyos de la Reacción, y causa de un gran derramamiento de sangre que se podía haber evitado.

Esto no obstante, muchos cuyas convicciones eran más firmes y su sangre menos hirviente, permanecieron al lado del Gobierno, unidos á aquellos que no tenían más opinión que la fidelidad al poder establecido, á otros que siempre esperan á la última hora para tomar una resolución, y por fin, á la guardia nacional que se organizó violentamente. Estos elementos apoyados en la opinión pública, fueron bastantes para vencer las rebeliones que no tardaron en estallar.

El Clero que veía que su prestigio se menoscababa día á día, y que temía por sus riquezas, y el Partido Conservador que no se conformaba con su derrota, trabajaban sin descanso aprovechando el estado que guardaba la moral del ejército, para sublevarlo.

Así las cosas, el General D. José López Uruga, unido con D. Tomás Mejía en la Sierra de Querétaro, desconoció al Gobierno al mismo tiempo que el Teniente Coronel D. Lorenzo Bulnes se pronunciaba con el Cura de Zacapoaxtla por "Religión y Fueros."

Aunque en Querétaro se hallaba el General D. Félix Zuloaga con una división, Comonfort dispuso la salida de México del General D. Luis Ghilardi con algunas tropas para hacer la campaña de la Sierra. Con él iban algunos oficiales de mérito: el Coronel D. Ramón Manero, intrépido oficial que mandaba el Regimiento de Lanceros de la Guardia, el Coronel de Ingenieros Don

Ernesto Dessi, el Teniente Coronel de E. M. D. José D. Bello, el Comandante de Escuadrón D. Santiago Tapia, que siendo General prestó después muy buenos servicios á la Patria, los Capitanes de E. M. D. Tomás Enciso, D. Faustino Vázquez. & &.

La buena armonía que reinaba entre los oficiales y el respeto y estimación que tenían á su General, eran prendas seguras del mejor éxito. Sin embargo, había también elementos reaccionarios, tanto más peligrosos, cuanto que se hallaban ocultos. Una conspiración abortada, los puso de manifiesto en Tepeji del Río; pero con la separación y remisión á México de algunos jefes y oficiales comprometidos, se restableció la confianza perdida por un momento, y las tropas, con las precauciones consiguientes al terreno que atravesaban, continuaron su marcha y llegaron á Querétaro sin contratiempo alguno.

La actitud de la División Zuloaga era indecisa y sospechosa. Varios oficiales habían defecionado llevándose algunas tropas é incorporándose á Uruga, entre otros el Capitán 1^o de Artillería D. Faustino de la Barrera y el Subteniente de la misma arma D. José G. Ceballos, y quienes se llevaron la guardia del cuartel del Mesón de la Cruz, con algunos Sargentos y tropa que sedujeron.

El General Ghilardi y su tropa no fueron bien recibidos por la fuerza de Querétaro; porque habiendo aquel jefe hecho toda la campaña del Sur con los liberales, siendo también conocidas sus opiniones políticas y teniendo, además, el delito de haber militado con Garibaldi en Roma, una gran parte de los jefes y oficiales de la División, cuyas opiniones eran contrarias á las suyas, no lo estimaban. Por fortuna aquella división fué llamada á México, y quedamos dueños del campo.

Nuestra brigada se aumentó con los batallones 1er. Ligerio Activo, 1er. Activo de Guadalajara, y una Guerrilla de Guanajuato con 150 hombres que mandaba un tal Fulgencio Guerrero.

El General Ghilardi con una actividad notable comenzó á hacer los preparativos para la campaña. Hizo fortificar el Convento y barrio de la Cruz, donde dejó una

guarnición respetable, y penetró en la Sierra por dos puntos.

Después de varios encuentros felices con el enemigo y de algunas marchas bien calculadas que lo envolvieron, tuvo éste que capitular. Uruga, que no quiso acogerse á la capitulación, huyó rumbo á Puebla con alguna gente de á caballo y los que se le habían pasado de Querétaro. Así, en menos de quince días se había pacificado aquella sierra, que tanto trabajo ha costado siempre pacificar.

Entre tanto, por el rumbo de Oriente los asuntos iban muy mal. El Gobierno había mandado una expedición contra Zacapoaxtla al mando del General D. Ignacio de la Llave; pero en Tuto la había sublevado el Teniente Coronel D. Miguel Miramón. El General D. Severo del Castillo, que marchó después con mil quinientos hombres, se pronunció también, y unido con Miramón y los de Zacapoaxtla, tomó la iniciativa, atacó á Puebla que había dejado casi sin municiones, y obligó á capitular al General D. Juan B. Traconis que la defendía.

Dueños los pronunciados de aquella ciudad eminentemente conservadora y con el apoyo del Clero, pusieron á la Capital en un conflicto, pero en vez de marchar inmediatamente sobre ella, comenzaron á fortificarse, dando así lugar á que el Gobierno reuniese sus elementos para combatirlos.

Desde luego fué llamada de Querétaro la brigada Ghilardi, y á principios de Febrero llegó á acantonarse á Tacubaya. Su fuerza aproximativamente era la siguiente:

Batallón de guías.....	400	hombres.
Artillería [6 obuses de á 12°].....	50	..
Batallón 1er. ligero activo.....	200	..
Id. 1er. activo de Guadalajara.	500	..
Cazadores Comonfort.....	100	..
Lanceros de la Guardia.....	200	..
Guerrilla Guerrero.....	150	..
<hr/>		
Total.....	1,600	
<hr/>		

El día veintitrés de Febrero salimos de Tacubaya, atravesamos la capital, y pernoctamos en Ixtapalapan.

El veinticuatro marchamos para Ayutla. En este punto se hallaban acantonadas las fuerzas que debían operar contra los sublevados de Puebla. El General Ghilardi creía que ahí se tramaba una conspiración contra el Gobierno, que debía estallar de un momento á otro, y por lo tanto, quería que la brigada que mandaba estuviese siempre lejos del grueso del ejército. Pretextando, pues, la falta de cuarteles y el recibimiento frío que se le hizo en Ayutla, decidió continuar la marcha á la Hacienda de Buenavista; y así me ordenó le dijese por telégrafo al Presidente, de quien hasta entonces dependía directamente el General. En consecuencia, continuamos la marcha y llegamos á Buenavista, donde pernoctamos aquella noche.

Al día siguiente rendimos la jornada al Río-Frío. En la tarde los cazadores de Comonfort pusieron un blanco y se ejercitaron al tiro, con *las carabinas á tig*. En la noche se cubrió el campo y se durmió militarmente. Serían las once cuando el Coronel Marcucci, con los cazadores de Comonfort y la guerrilla de Guerrero, salió para una expedición que nadie sabía.

El General telegrafió al Presidente que al día siguiente marcharía á Texmelucam [San Martín] á desalojar á un destacamento del enemigo que lo ocupaba. Esto lo hizo, porque quería precipitar la campaña para destruir los planes que suponía, ó sabía, se tramaban en Ayutla.

Alarmado Comonfort, dió orden á Villarreal, que era General en Jefe, por el telégrafo, para que inmediatamente marchase de Ayutla el General Traconis con su brigada, con objeto de reforzar á la nuestra.

El 26 al amanecer se puso en marcha la brigada Ghilardi en columna de viaje con las precauciones correspondientes. Cuando su retaguardia abandonaba á Río-Frío, llegaba la cabeza de la Brigada Traconis que había marchado durante la noche.

En el Puente de Texmelucam se supo que en la Venta de Chautla había tenido lugar un hecho de armas en-

tre los enemigos y la tropa del Coronel Marcucci. En el momento se avivó la marcha, se mandaron reconocimientos á vanguardia y á los flancos, y por último, pasamos la Venta de Chautla, donde no se veía más que las señales de un reciente combate y los trabajos de fortificación que comenzaron á hacer el Coronel de Ingenieros Dessi y el Capitán de Artillería Constantini.

El hecho había pasado del modo siguiente: Marcucci, cuya infantería se había cansado, no pudo llegar antes de amanecer á los puestos enemigos para sorprenderlos como se había proyectado. El Comandante Guerrero tomó la vanguardia con su guerrilla, y ocultándose tras unos carros del comercio que caminaban, cayó sobre la avanzada que los de San Martín tenían en Chautla. Sorprendidos los soldados opusieron una corta resistencia, que cesó cuando vieron llegar al paso veloz la infantería.

Dueños del punto los nuestros, trataron en el acto de fortificarse por si los de San Martín tomaban la ofensiva, y de sostenerse en Chautla hasta la llegada de la brigada. Los de Guerrero habían seguido á los fugitivos hasta San Martín, que el enemigo abandonó en el acto, creyendo que estaba amenazado por fuerzas numerosas, y no paró en su retirada hasta encerrarse en Puebla.

Marcucci ocupó la población y mandó dar sepultura á tres cadáveres que dejó el enemigo.

Al día siguiente, 27, llegó á San Martín la brigada del General Traconis y los siguientes: las divisiones de los Generales Parrodi, Zuloaga, Portilla etc.

El General Parrodi hizo un agrio extrañamiento al General Ghilardi por su conducta. Este último renunció el mando de la brigada. Los jefes y oficiales que servían á sus órdenes se dirigieron en lo particular al Presidente, manifestándole las malas consecuencias que aquella separación podía traer, y al mismo tiempo suplicaron al General Ghilardi que retirase su renuncia. Todo quedó arreglado formando la brigada un elemento aparte, con el nombre de "Brigada Móvil de Operaciones" y la cual quedaría á las inmediatas órdenes del Presidente. Se

aumentó con el batallón de infantería número 14 de línea al mando de su Coronel D. José María Arteaga y se le dieron dos obuses de á 15^c en cambio de dos de á 12^c.

El día 2 de Marzo, ya incorporado el Presidente al ejército, la brigada salió de San Martín para Tlaxcala. En el camino hubo una alarma producida por unos tiros que se oyeron al flanco derecho de la marcha. Después de algunos reconocimientos, y conocida la causa, continuó aquella sin novedad hasta la capital de la Célebre República, donde el pueblo la acogió con verdadero entusiasmo.

Los habitantes de las cercanías acudieron con grande acopio de tortillas, pavos, carneros y puercos, que regalaron á la tropa. Esto dió lugar á una escena bastante tierna con el General Ghilardi, en la que tomaron parte todos los que se hallaban presentes.

En los días siguientes fueron llegando las tropas que mandaba el General D. Tomás Moreno, con los Generales Camaño y Pueblita y los Coroneles D. Sabás Iturbide y D. José de la Luz Moreno. Estas tropas eran irregulares, su organización caprichosa, y estaban fraccionadas y subdivididas con nombres pomposos de brigadas, secciones etc:

El Presidente llegó á Tlaxcala el día 5, y después de recibir el homenaje sincero de un pueblo entusiasmado, vió desfilar las tropas. El pueblo quiso quitar los caballos de su carruaje; pero él lo impidió con estas ó semejantes palabras: "*Yo no puedo permitir estas demostraciones. ¿Quieren ustedes asemejarme al dictador? Yo no deseo otra cosa que hacer á ustedes felices.*"

El día siete dejó la brigada á Tlaxcala y llegó á Santa Inés Zacatelco. Se cubrió la principal avenida con una barricada hecha con carros, se aspilleraron algunas tapias y se tomaron las precauciones necesarias para en caso de ataque.

En la mañana del ocho se continuó la marcha en dirección de Puebla. Después de caminar poco más de una legua, se oyó un cañonazo, después otro, y pronto se hizo muy vivo el fuego de cañón. Como marchábamos por

un camino hondo, no se descubría el lugar del combate; y el General Ghilardi me ordenó hiciese un reconocimiento por el flanco derecho, por donde venía el eco. Partí al galope con mis ayudantes y llegamos en breve al pueblito de Santo Toribio. Desde la torre de la iglesia, con ayuda de nuestros telémetros, descubrimos lo bastante para formar juicio de la batalla. [1]

Como el Río Atoyac se interponía entre nosotros y el enemigo, que nos daba la espalda, tomé desde luego informes sobre la posibilidad de rodearlo, las cuales fueron favorables.

Cuando regresé con objeto de dar cuenta al General, de mis observaciones, *el Presidente se hallaba con él*. Oído mi relato, Ghilardi le consultó si se debería pasar el río y caer sobre la espalda del enemigo. "*Comonfort le contestó que no; que la brigada marchase á ocupar la fábrica "La Constancia," hasta recibir nuevas órdenes: que él iba á ver lo que pasaba.*"

Mientras tanto, la brigada desfilaba en columna, y las tropas vitoreaban espontáneamente, según iban pasando, *al General Ghilardi y al Presidente*. El fuego de cañón continuaba con más vigor. Comonfort, con su Estado Mayor y una pequeña escolta, desapareció á la carrera en dirección del lugar del combate.

La brigada continuó su movimiento, que fué detenido momentáneamente en una barranca, donde el enemigo había abierto un foso y varias filas de trampas de lobo, que no concluyó. Salvado aquel obstáculo, siguió la marcha precedida de reconocimientos practicados en las alturas inmediatas, donde se dejaban ver algunos grupos de gente. Se llegó sin novedad á "La Constancia," y se tomaron posiciones.

El fuego de cañón había cesado y un solemne silencio lo reemplazaba.

El General ordenó al Comandante de Artillería de la brigada que hiciera un reconocimiento á vanguardia en

[1] Véase el croquis que va al último.

busca de una buena posición. Aquel jefe le comunicó con un ayudante, que en el Molino de Vallarino había una, y que continuaba en dirección del Puente de México, por donde sabía pasaban dispersos del enemigo.

En efecto, á poco andar encontró á los de la guerrilla de Guerrero que escaramuceaban con los dispersos: algunos de aquellos que maltrataban á varios prisioneros heridos que traían; y otros á un paisano italiano que habían tomado en el camino y lo querían fusilar. Evitando aquellos desórdenes, hizo conducir los prisioneros al General para que dispusiera de ellos, manifestándole que del interrogatorio que se les hizo no se sacó otra cosa, que la artillería del Gobierno les había hecho pedazos, única idea en que convenían, pues unos aseguraban haber triunfado y otros haber sido rechazados.

No pareciendo á los guerrilleros aquel lugar bastante fecundo en acontecimientos, resolvieron dar un paseo por Puebla, donde el enemigo había dejado una corta guarnición, y lo pusieron inmediatamente en obra acompañados del Licenciado Villanueva [1] que iba como voluntario en la brigada. Penetraron en varias casas y mesones, sacando algún armamento, caballos y otras cosas, y esparcieron la consternación en la ciudad.

El General D. Tomás Moreno había ocupado el Molino de Vallarino con las tropas de su mando y cuatro obuses de montaña, adelantando al Puente de México al General Pueblita con un destacamento, que continuó desde allí remitiendo prisioneros al cuartel General. Pero el enemigo que venía en retirada del campo de Ocotlán, donde había tenido lugar la batalla, desalojó del puente á Pueblita, quien tuvo que replegarse á Vallarino. Habiendo allanado aquel obstáculo, los pronunciados pudieron continuar su movimiento y encerrarse en Puebla, no sin que su retaguardia hubiese dejado de ser molestada por nuestros guerrilleros, que le causaron algunos daños.

[1] Este Licenciado fué fusilado cerca de Mathuala por los imperialistas, á principios de 1864.

El General Ghilardi, que desde "La Constancia" había oído cañoneo en el puente, mandó violentamente al 1er. ligero á reforzar al General Moreno, entre tanto él llegaba con la brigada. Como la tropa del Molino de Vallarino estaba alarmada con la retirada de Pueblita, al ver llegar por su izquierda y por entre los matorrales al 1er. ligero, que venía en parte desplegado en tiradores, le rompió el fuego inmediatamente con grande algazara, y fué necesario todo el aplomo y sangre fría de aquel batallón, que no contestó el fuego, para que se hubiere evitado una catástrofe.

El General Ghilardi llegó á pocos momentos con la brigada; pero sabiendo que el enemigo había pasado el puente y encerrádose en Puebla, ordenó que volvieran las tropas á sus anteriores posiciones. Empezaban á ejecutarse sus órdenes cuando se le acercó un indígena á pie y le entregó, de parte del Presidente, un papelito enrollado en forma de cigarro. Era la orden para que ocupase á Puebla. "*Mire Vd. amigo, me dijo alargándome el papel, ¡que oportunidad para dar órdenes!* En efecto, serían las cinco de la tarde, y el enemigo hacía media hora que estaba encerrado en sus fortificaciones.

No habiendo, en consecuencia, sido ocupada Puebla, los enemigos de Ghilardi le hicieron tan fuertes como injustos cargos.

Un zapador enemigo descubrió el lugar donde se hallaba minado el puente. El Coronel Dessi destruyó la mina felizmente

El día nueve, á las ocho de la mañana, la brigada se puso en marcha, y haciendo un pequeño rodeo, fué á situarse en una llanura, frente á la Garita de Tlaxcala. Se establecieron dos baterías sostenidas por los batallones, guías, 1er. ligero, 14 de línea y cazadores de Comonfort, Guadalajara y Lanceros que quedaron en reserva apoyándose en la Hacienda de Santa María. El General Ghilardi avanzó con una escolta y la guerrilla de Guerrero á reconocer la garita.

Esto dió lugar á una escaramuza cuyo resultado fué que el enemigo retirase sus puestos avanzados y rom-

piese el fuego de cañón, cuyos proyectiles llegaban perfectamente á nuestra línea de batalla. Un hombre y dos caballos perecieron en esta refriega.

Conseguido el objeto, se replegó la brigada á Santa María, donde apoyada en la Hacienda, un camino hondo y una magueyera, se estableció la nueva línea de batalla.

En lo restante del día no ocurrió novedad por este lado; y distraíamos el fastidio mirando el vivo fuego de cañón, y á veces de fusilería, que tenía lugar en el cerro de San Juan, y que no cesó hasta la entrada de la noche.

A la mitad de ella emprendió la brigada un movimiento con objeto de rodear el cerro de Guadalupe y amanecer sobre la garita de Amozoc; pero el guía se extravió y la condujo hacia el Fuerte de Loreto: un paso más hubiera sido funesto; pero el General conoció el error é hizo contra-marchar la columna á las posiciones que acababa de dejar.

Amaneció el día diez, brillante como todos los de la estación, y los cañones del Cerro de San Juan saludaron cortésmente á sus adversarios. La línea que atacaba por aquel punto, establecida desde el rancho de Posadas hasta más abajo del Puente de México, correspondió aquella galantería, que continuó todo el día por ambas partes.

En la tarde avanzó aquella línea y se entabló un combate que bien duró media hora, hasta que una carga de la caballería enemiga obligó á los nuestros á replegarse, protegidos por la artillería del rancho de Posadas, que á su vez rechazó á los ginetes.

Entre tanto el Presidente había volteado la posición por el camino de Cholula y tomado la garita de este nombre, al mismo tiempo que ordenaba un falso ataque por la espalda del cerro. A favor de aquel falso ataque, que tanto alarmaba al enemigo, pudo marchar violentamente con algunas tropas, á ocupar la Iglesia y Convento del Carmen y hacerse fuerte allí, mientras llegaban refuerzos.

La brigada Ghilardi se puso en marcha formada en columna, con las músicas tocando dianas á la cabeza de los cuerpos; rebasó el rancho de Posadas pasando por su retaguardia, salió al llano, estableció dos baterías, una de

obuses de á 15° cerca de la falda del cerro de San Juan y otra de obuses de á 12° á la izquierda, detrás de una línea de magueyes. La infantería en columnas cerradas por batallones ocupó el centro de la línea unos 50 metros á retaguardia y la caballería, también en columnas cerradas, formó en segunda línea á unos 300 metros.

Rompióse el fuego de granadas, y las tropas, llenas de entusiasmo, vitoreaban á cada proyectil que dejaba en el espacio un rastro luminoso, y después de dar mil locos rebotes, iba á perderse y estallar en las masas confusas del enemigo, iluminadas apenas por la moribunda luz del crepúsculo.

El enemigo, que comprendía que iba á quedarse sin retirada, descendió del cerro para encerrarse definitivamente en la plaza, acompañado siempre por nuestros proyectiles. Pocos momentos después todo quedó envuelto en la oscuridad y el silencio, y la Brigada Móvil se replegó á pasar la noche á un caserío inmediato.

Ya el sol del día 11 doraba las cumbres de los volcanes cuando el General Ghilardi, á la cabeza de sus tropas, se aproximaba á la garita de México, abriendo la marcha de los que debían atacar por aquel lado.

Pasada la garita, se dejaron ver las huellas de la retirada que hizo el enemigo la víspera. El cadáver del malogrado joven capitán de E. M. D. Joaquín Ordóñez, destrozado por una granada, era lo primero que se descubría. Sus amigos y compañeros de colegio se apresuraron á darle sepultura, y un oficial de artillería [Gris] pagó caro á un hombre del pueblo, las mancuernas de la camisa del desventurado joven ¡Quién sabe si el sería el que causó su muerte!

En seguida se estableció la brigada. Dos obuses de á 15° se colocaron en la calle de la entrada; el batallón de guías ocupó á la izquierda una pequeña iglesia; más allá el batallón de Guadalajara se alojó en una línea de casas; á la derecha se cubrió con una tapia la batería de obuses de á 12° y se abrieron troneras para tirar por ellas. El catorce de línea avanzó á San Javier.

Entre once y doce, la línea se movió á vanguardia hasta ocupar la Alameda, y el General Ghilardi, á la cabeza del batallón de guías, ocupó la iglesia de San Marcos, bajo el fuego del enemigo que trató de impedirlo. Guadalajara cubrió la línea de la Alameda. Los batallones 1er. ligero, 14 de línea, cazadores de Comonfort y la caballería, quedaron en San Javier.

La artillería se colocó como sigue: dos obuses de á 15° en la esquina de la calle del Mesón de Guadalupe; dos de á 12° en la calle del Padre Avila; y otros dos quedaron de reserva. El capitán Martik ocupó el primer puesto, y en la tarde ya se había cubierto; pero el Alférez Gris que ocupaba el segundo, no logró cubrirse hasta el día siguiente. Todo el tiempo que las baterías permanecieron descubiertas, los artilleros conservaron una intrepidez y una sangre fría admirables. Murió el Sargento José María Mejía, que se había conducido muy bien.

El enemigo no dejó de hacer fuego hasta muy entrada la noche, y sus granadas reventaban sobre la Alameda, sin causar mayor daño.

El día doce, en cuanto amaneció, el enemigo continuó su fuego de rifle y de artillería, bajo el cual se logró formar un parapeto á la batería del Subteniente Gris, por sus mismos artilleros. Ya cubiertas las baterías, comenzaron á superar á las del enemigo, las cuales no volvieron á recobrar su superioridad en el resto del sitio.

Los parapetos, que eran de pacas de algodón, causaban hartos cuidados, porque nuestro mismo fuego los incendiaba: á cada momento tenían los artilleros que regarlos, especialmente por la parte exterior, que era donde tomaba cuerpo el fuego, y esta operación peligrosa fué ejecutada siempre con el mayor desembarazo.

En la tarde se comenzó á horadar la manzana que cerraba la izquierda de nuestra línea, para comunicar San Marcos con las reservas. La batería del capitán Martik destruyó gran parte del parapeto enemigo de la calle de Cholula, pero el sitiado lo reparó durante la noche.

En ella uno de los obuses de Martik se había roto del eje: los artilleros lo desmontaron para trincarlo. En este